

do y como que pugnaba por reprimir rayos de cólera que brillaban en sus divinos ojos.

Los ángeles, presas de dolor, vagaban sin rumbo abismados en hondas meditaciones.

La débil luz del Universo que llegaba á los cielos, se apagó de pronto. El sol, la luna y las estrellas, temblando por los espacios, quedaron como puntos negros sin calor ni vida.

Entonces resonó en lo más alto una voz gemebunda y poderosa que gritaba:—«¡Padre! ¡Padre! ¿por qué me has abandonado?»

Los ángeles conocieron en ella la voz del Hijo, y estremecidos de horror se agolparon á las puertas del cielo, vistiendo apresuradamente sus armaduras y empuñando sus fulminantes espadas.

Pero aquellas puertas, dóciles otras veces á la voluntad de los espíritus celestes, no quisieron abrirse. Firmes en sus goznes, resistieron al embate de las legiones angélicas más inmóviles que una roca las oleadas del mar.

X.

—¡Abrid, Señor, abrid!—clamaban los ángeles. ¿Qué maldición pesa sobre el Hijo de tu amor, que te llama y no le oyes, y lejos de Tí, en un mundo enemigo, le abandonas?»

XI.

¡Oh dolor! ¡oh dolor inenarrable!... A las manos del Padre subió poco después el alma divina que había vivificado el cuerpo del Hijo.

La imagen de Jesucristo cruzó por entre los coros angélicos, que se arrodillaron al verla, y queriendo recibirla con cánticos de triunfo, sólo pudieron tributarla un clamoreo rugiente de sollozos.

¡Ay! iba ensangrentada y pálida como la muerte. La frente excelsa donde germinó la idea creadora, estaba ceñida de espinas y derramando sangre; el corazón divino que, por amor hizo todas las cosas, estaba partido por una lanza y derramando sangre también; y las manos divinas que formaron el mundo; y los piés divinos que tuvieron por alfombra el firmamento, estaban traspasados por clavos y también llenos de sangre.

XII.

—Señor y Dios eterno—dijeron al Altísimo los ángeles á una—¿qué has hecho de tu Hijo, y para qué nos quieres á nosotros tus siervos inútiles? Si El ha muerto ¿por qué no nos envías á nosotros á morir también? Si eres justo ¿por qué no permites ya que derramemos sobre los pecados del mundo las copas de su cólera? Aquí está, Señor,